

XXVI Semana del Tiempo Ordinario A (Año Impar)

Lunes

Lucas 9, 46-50

“El más pequeño entre todos ustedes, éste es el más grande”. Estando los Apóstoles discutiendo sobre quién era el más grande, pondrá en medio de ellos a un niño y dirá: “Si no cambian y se hacen como los niños, no entrarán en el Reino de los cielos” (Mt 18, 3). Esta es la respuesta desconcertante de Jesús: la condición indispensable para entrar en el reino de los cielos es hacerse pequeños y humildes como niños!

Los niños son, desde luego, el término del amor delicado y generoso de Nuestro Señor Jesucristo: a ellos reserva su bendición y, más aún, les asegura el Reino de los cielos (cf. Mt 19, 13-15; Mc 10, 14). Jesús pone al niño como modelo para entrar en el reino de los cielos por el valor simbólico que el niño encierra en sí: -ante todo, el niño es inocente, y el primer requisito para entrar en el reino de los cielos es la vida de “gracia”, que excluye el pecado, que siempre es un acto de orgullo y de egoísmo;

-en segundo lugar, el niño vive de fe y de confianza en sus padres y se abandona con disposición total a quienes le guían y le aman. Así el cristiano debe ser humilde y abandonarse con total confianza a Cristo y a la Iglesia. Jesús insiste en la virtud de la humildad, porque ante el Infinito no se puede menos de ser humildes; la humildad es verdad y es, además, signo de inteligencia y fuente de serenidad; - finalmente, el niño se contenta con las pequeñas cosas que bastan para hacerle feliz: un pequeño éxito, una buena nota merecida, una alabanza recibida le hacen exultar de alegría.

Son, por tanto, verdaderos niños los que sólo conocen a Dios como padre y son sencillos, ingenuos, puros, los creyentes en un solo Dios. A los que son como niños el Padre los recibe con agrado porque aprecia su dulzura, los ama singularmente, les presta ayuda, lucha por ellos y los llama ‘hijitos’.

Padre Félix Castro Morales

Fuente: <http://parroquiadelasoleidad.org/> (Con permiso a homiletica.org)